

## SOCIEDAD Y CULTURA

*Moisés González NAVARRO*

Bajo los auspicios de la Nacional Financiera, acaba de aparecer un excelente libro firmado por José E. Iturriaga,\* el cual constituye una valiosa contribución a los estudios de la sociología mexicana; y forma parte de la serie que prepara un grupo de investigadores de aquella institución. Esta obra representa una seria investigación que abre brecha en un terreno virgen en nuestro medio, terreno casi siempre cultivado sin rigor científico, por ende fértil para las improvisaciones fáciles. Si se sitúa este libro dentro del raquíptico ambiente de nuestras investigaciones sociológicas, debe admitirse que es un valioso punto de partida para las tareas posteriores.

La estructura social y la estructura cultural son las dos partes que componen el libro; uno de los mayores méritos de éste es, justamente, haberlas relacionado entre sí, demostrando de este modo la importancia y legitimidad de incluirlas dentro de una investigación cuyo fin general es la estructura económica de México. En la primera parte, se estudia el campo y la ciudad, la familia, las clases sociales, las razas y las nacionalidades. La estructura cultural, o segunda parte, comprende el análisis de los idiomas, las religiones, la educación popular, la cultura superior, otras formas de educación colectiva, la influencia de la cultura extranjera en México y el carácter del mexicano.

En un estudio de sociología concreta, como el presente, dos son los principales puntos a resolver: de un lado, la precisión conceptual del esquema teórico en que se apoya, y, de otro, la información histórica, base de la construcción misma. En general, me parece que se logró más claridad en la fundamentación teórica de la estructura social, que en la correspondiente a la estructura cultural. Hacemos esta crítica pese a que el libro significa un verdadero adelanto sobre los anteriores en-

\* ITURRIAGA, José E.—*La estructura social y cultural de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951; 254 pp.

sayos. Sin embargo, falta un planteamiento más profundo del valor y del sentido sociológico de las varias especulaciones realizadas sobre el carácter del mexicano.

El principal problema con que se enfrenta una investigación de este tipo en cuanto a la información histórica, es seleccionar con acierto las mejores fuentes secundarias utilizables, pues resultaría casi imposible, tratar de fundarla en fuentes primarias, cuando el propósito no es hacer una obra historiográfica, sino sólo servirse de ella como auxiliar básico. Concretamente, ¿los trabajos historiográficos sobre el México contemporáneo inspiran suficiente confianza para usarlos de base para una tarea de este tipo?

De cualquier modo, dos son los mayores aciertos de este ensayo: primero, el criterio utilizado para hacer el análisis de las clases sociales divididas de acuerdo con sus ocupaciones, y, segundo, el ordenamiento de los últimos enfoques hechos sobre la cultura mexicana.

Todo el libro se apoya en una amplia base estadística, que aparece resumida en 57 cuadros, 4 gráficas y un mapa; por desgracia, pueden advertirse algunos pequeños errores en la presentación de los materiales estadísticos. Por ejemplo, en la página 4 da como población rural de México, en 1910, 79.99%, y en la página 6 indica 71.32%. Siguiendo una opinión muy aceptada, afirma que son los españoles los que más se mezclan con los mexicanos; el economista de la Peña ha demostrado, recientemente, lo contrario. En algunas ocasiones, sus cuadros carecen de comentarios, como sucede en el caso del número 49 que muestra los presupuestos del ramo de educación desde 1924 hasta 1951; da una idea incompleta del asunto, pues no se menciona el hecho patente de la pérdida de poder adquisitivo de la moneda.

Los capítulos dedicados al estudio de la familia, principalmente el de las clases sociales, son los más valiosos. En este último hace una cuidadosa *cuantificación* de las clases sociales, dividiéndolas, de acuerdo con la tesis tradicional, en populares, medias y altas. Funda su división en un criterio ecléctico que atiende a la ocupación, al nivel económico y al grado de acceso a la cultura. Subdivide a cada clase en urbana y en rural, y estudia el desarrollo de su composición de 1895 a 1940. Sin embargo, no es siempre claro el criterio que utiliza para

establecer la composición de las clases sociales; así, en la página 60 incluye, en la clase media dependiente, algunos sectores de obreros calificados, obreros y funcionarios de la gran industria, a empleados y funcionarios de la administración pública; y, de otro lado, al referirse a los sindicatos, en el cuadro 14, los incluye en el estudio de la clase popular de la ciudad, e involucra a grupos de la clase media dependiente.

En ese amplio capítulo de las clases sociales (24-90 pp., el mayor de todos), se puede observar cómo la información secundaria debilita la solidez del libro, sobre todo en el aspecto histórico de algunos puntos. Por ejemplo, y sin suponer que haya querido hacer un estudio exhaustivo del tema, al hacer la reseña del sindicalismo pasa por alto al periódico *El Hijo del Trabajo*, el cual, sobre todo cuando estuvo bajo la dirección de José González, adquirió una importancia muy grande, superior desde luego a *El Socialista*, citado por el autor.

Esta insuficiencia se revela en otras partes del libro. Uno de esos casos es la opinión de Iturriaga de que más que a una política inadecuada, la falta de corrientes migratorias importantes se debió "a las constantes perturbaciones públicas que padecimos durante todo el siglo XIX, en particular durante sus dos primeros tercios" (p. 112). Esta inexactitud se comprueba fácilmente si recordamos que en el último tercio del siglo pasado, concretamente a partir de 1877, hubo paz, y, además, un esfuerzo constante por atraer la inmigración, a pesar de lo cual no llegó. Entre las causas explicativas del fenómeno puede citarse la falta de atractivo que el bajo nivel de vida representaba para el inmigrante proletario. Eso explicaría también que la inmigración de personas se haya convertido en inversiones de capital.

De semejante naturaleza es la cita que hace el autor de un estudio del señor Silva Herzog sobre el estado de la educación primaria en el porfiriato, en la cual asegura que ella se impartía "tan sólo a los niños de las clases altas y de las clases medias", lo que me parece muy difícil de demostrar en forma tan categórica y absoluta. Por otra parte, en la página 174, asegura Iturriaga que el 24 de febrero de 1887 "se fundó la primera escuela normal en México", afirmación inexacta si se refiere a la república y confusa si se trata de su Capital.

Para concluir con los comentarios a la estructura social,

sólo me referiré a la calificación de feudal que hace Iturriaga (pp. 3 y 66) de la economía mexicana prerrevolucionaria. Dentro de una terminología rigurosa, ese adjetivo sólo puede tener un sentido analógico o político.

La segunda parte de la obra es más descriptiva que interpretativa, excepción hecha del capítulo dedicado al carácter del mexicano. En ella logra un resumen bien ordenado de los últimos ensayos escritos sobre la cultura mexicana. No faltan análisis acuciosos y sugestivos; tal el capítulo dedicado a las religiones. En éste el esfuerzo principal consiste en demostrar que es alto el presunto porcentaje de católicos, existentes en México. Resta del número de católicos, registrados en el censo, los no observantes de cultos censados como católicos, los que estima en un 2%. Aunque, en principio, tiene toda la razón en afirmar que un buen número de personas se registra por inercia, como católico sin serlo, no indica cuál es su base para calcular que se trate precisamente del 2% y no del 5, o del 10%. Después, resta el 6.29% (todas estas cifras son de 1940) de practicantes de cultos precoloniales, identificados con los indígenas monolingües. Por último, deduce los menores de 4 años, pues los estima incapacitados para observar cualquier culto, sin señalar que, en términos generales, esos menores tendrán después la religión de sus padres. Por lo demás, creo que para un católico riguroso la disminución tendría que ser mayor, si se piensa en el hecho sugerido por el autor, relativo al influjo contrario de escuela e iglesia.

Sus análisis sobre la educación son casi siempre certeros. Sin embargo, en el caso de la educación universitaria hay un optimismo algo exagerado, cuando asegura que México no ocupa "un lugar notablemente inferior" en ese campo, pues el propio autor habla del descenso de la calidad profesional, lo que atenúa mucho el valor de su primera afirmación. Tampoco me parece justificada su opinión, referente a la disminución del centralismo universitario, basada en el solo hecho de que hay mayor número de universidades en los estados, pues no recuerda los escasos medios de que disponen, lo cual se traduce en una vida raquítica, a su vez causante de la emigración de los estudiantes provincianos a la capital.

En el último capítulo estudia un tema que es preocupación central de algunos círculos en los últimos años: el carác-

ter del mexicano. Iturriaga advierte el peligro de que se escriban "generalizaciones y apreciaciones no exentas de arbitrariedad" (p. 243). Precisamente, tal ha sido la falla de algunos de los estudios escritos sobre el tema: generalizaciones y apreciaciones no sólo no exentas de arbitrariedad, sino hechas casi con arbitrariedad pura. En este punto, la investigación del autor tiene dos méritos principales: sistematiza los estudios anteriores y señala el carácter histórico de los atributos del mexicano, carácter dependiente de transitorias condiciones políticas, económicas y sociales. Iturriaga limita el valor de esas observaciones a las clases populares y medias pobres.

El libro está escrito con medida y discreción, cualidades tanto más apreciables cuanto que fué redactado bajo los auspicios de una institución oficial, y, a pesar de ello, no se advierten adjetivos superlativos en defensa de la actual administración. Ocurre pensar que si el autor hubiera escrito su obra bajo los auspicios de una institución independiente, tal vez habría manifestado, en forma explícita, algunos juicios críticos, ahora sólo sugeridos veladamente. Sin embargo, una que otra vez no faltan apreciaciones un poco exageradas en defensa del régimen. Así, dice que la transformación del peón, en ejidatario y parcelario, ha significado la elevación de la dignidad humana del campesino. Evidentemente, eso es cierto; pero hubiera sido conveniente añadir que ha surgido un nuevo tipo de sujeción y envilecimiento políticos. Por otra parte, le parece que la política internacional del régimen ha sido "congruente y justa" (p. 114). Lo de justa es, a todas luces, cierto, pero también es palpable que no ha sido congruente.

Estas observaciones de ningún modo afectan al valor indiscutible del libro de Iturriaga, pues su investigación abre el camino en un campo casi inexplorado y lo hace con información abundante y juicio sereno y agudo.